

**Jacques Lacan**

**Seminario 8  
1960-1961**

**LA TRANSFERENCIA  
EN SU DISPARIDAD SUBJETIVA,  
SU PRETENDIDA SITUACIÓN,  
SUS EXCURSIONES TÉCNICAS**

**13**

**CRÍTICA DE LA CONTRATRANSFERENCIA<sup>1</sup>  
Sesión del 8 de Marzo de 1961**

*El inconsciente es ante todo del Otro.  
El deseo en el analista.  
La partida de bridge analítica.  
Paula Heimann y Money-Kyrle.  
El efecto latente, ligado a la incienencia.*

---

<sup>1</sup> Para las abreviaturas en uso en las notas, así como para los criterios que rigieron la confección de la presente versión, consultar nuestro prefacio: *Sobre esta traducción*.

La última vez terminé, parece que para vuestra satisfacción, sobre un punto de lo que constituye uno de los elementos, y quizá el elemento fundamental, de la posición del sujeto en el análisis. Era la pregunta {*question*} donde se recorta para nosotros la definición del deseo como el deseo del Otro, pregunta en suma marginal, pero que se indica por eso como básica en la posición del analizado por relación al analista, incluso si no se la formula — *¿qué quiere?*

Hoy, tras haber adelantado esta punta, vamos a volver a dar un paso atrás, como lo habíamos anunciado al comienzo de nuestro discurso de la vez pasada, y avanzaremos en el examen de los modos bajo los cuales otros teóricos que nosotros mismos, por las evidencias de su praxis, manifiestan en suma la misma topología que la que estoy tratando de fundar ante ustedes, en tanto que vuelve posible la transferencia.

Para testimoniar de ella a su manera, no es forzoso, en efecto, que la formulen como nosotros. Esto me parece evidente. Como lo he escrito en alguna parte, uno no necesita tener el plano de un departamento para golpearse la cabeza contra las paredes.<sup>2</sup> Diré incluso más — para esa operación, uno normalmente prescinde bastante bien del plano. Por el contrario, la recíproca no es verdadera. Contrariamente a un esquema primitivo de la prueba de la realidad, no basta con golpearse la cabeza contra las paredes para reconstituir el plano de un departamento, sobre todo si uno hace esa experiencia en la oscuridad. El ejemplo que me es caro, el de *Teodoro busca fósforos*, está ahí para ilustrárselos, \*en Courteline\*.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> cf. «La dirección de la cura y los principios de su poder», escrito en el que Lacan recoge su intervención en el Coloquio Internacional de Royaumont, reunido del 10 al 13 de Julio de 1958 a invitación de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, publicado por primera vez en *La Psychanalyse*, vol. 6, 1961, y finalmente en los *Écrits*.

<sup>3</sup> Georges Courteline, seudónimo de Georges Moineaux, dramaturgo francés, 1858-1929. El texto citado se encuentra en su *Théâtre complet*, Flammarion, y en *Théâtre, comptes, romans et nouvelles...*, Ed. R. Laffon, Paris, 1990.

Esta es una metáfora quizá un poco forzada — aunque quizá no tan forzada como todavía puede parecerles \*, y eso es lo que vamos a ver en la prueba, en la prueba de lo que ocurre actualmente, en nuestros días, cuando los analistas hablan ¿de qué?\*

## 1

¿De qué hablan los analistas cuando hablan actualmente de la transferencia? Vayamos directamente a lo más actual de esta cuestión tal como se propone para ellos. Se propone ahí mismo donde ustedes perciben bien que yo la centro este año, a saber, del lado del analista. Y para decir todo, lo que los teóricos, y los más avanzados, los más lúcidos, articulan mejor cuando la abordan, es la cuestión llamada de la contratransferencia.

Quisiera recordarles al respecto algunas verdades primeras. No porque éstas sean primeras son siempre expresadas, y si van de suyo sin que haga falta decirlas, van todavía mejor si se las dice.

Sobre la cuestión de la contratransferencia, tenemos ante todo la opinión común. Es la que cada uno tiene por haberse aproximado un tanto al problema. Es la primera idea que uno se hace de ella, la primera en el sentido de la idea más común que se ofrece de ella, pero también el más antiguo abordaje de la cuestión, pues la noción de la contratransferencia ha estado siempre presente en el análisis. Muy tempranamente, desde el comienzo de la elaboración de la noción de transferencia, todo lo que en el analista representa su inconsciente en tanto que, diremos, no analizado, \*es\*<sup>5</sup> considerado como nocivo para su función y su operación de analista.

---

<sup>4</sup> [. Eso es lo que vamos a ver en la prueba, en la prueba de lo que ocurre en nuestros días cuando los analistas hablan de la transferencia.] — Nota de **DTSE**: “¿De qué hablan los analistas? No se trata de la «transferencia», sino de la «contratransferencia», como se precisa en el texto, un poco más adelante”.

<sup>5</sup> [ha sido] — Nota de **DTSE**: “En 1961, esta consideración estaba presente”.

En la opinión que uno se hace al respecto, es en tanto que algo ha quedado ahí en la sombra, que se convierte en la fuente de respuestas no dominadas, y, sobre todo, de respuestas ciegas. Es lo que hace que se insista sobre la necesidad de un análisis didáctico llevado bastante lejos — tomamos términos vagos, para comenzar — porque, como está escrito en alguna parte, si se descuidara tal rincón del inconsciente del analista, resultarían de ello verdaderas manchas ciegas, de donde se seguirían eventualmente, en la práctica, tal hecho más o menos grave o desagradable — no reconocimiento, intervención fallida, inoportunidad de tal otra, incluso todavía error. Este es un discurso efectivamente sostenido, que yo pongo en condicional, entre comillas, bajo reserva, al que no suscribo de entrada, pero que está admitido.

Pero, por otra parte, no puede dejarse de relacionar con esto lo siguiente: que es a la comunicación de los inconscientes que al fin de cuentas habría que confiarse para que se produzcan mejor en el analista las apercepciones decisivas, *\*\*los mejores insights\*\**.

Así, no sería tanto de una amplia experiencia del analista, de un conocimiento extenso de lo que puede encontrar en la estructura, que deberíamos esperar la mayor pertinencia, ese salto del león del que nos habla Freud, que no se da más que una vez en sus mejores realizaciones<sup>6</sup> — no, es de la comunicación de los inconscientes. Es de ahí que resultaría lo que, en el análisis existente concreto, iría más lejos, a lo más profundo, al mayor efecto. No habría análisis en el que deba faltar tal de esos momentos que testimoniarían de ello. Es directamente, en suma, que el analista se informaría de lo que ocurre en el inconsciente de su paciente. Esta vía de transmisión queda sin embargo bastante problemática en la tradición. ¿Cómo debemos concebir esta comunicación de los inconscientes?

Aun desde un punto de vista *\*erístico\**<sup>7</sup>, incluso crítico, no estoy aquí para aguzar las antinomias y fabricar impases artificiales. No digo que haya allí algo impensable, y que sería antinómico definir al

---

<sup>6</sup> “No se debe olvidar el aforismo de que el león salta una vez sola.” — cf. Sigmund FREUD, «Análisis terminable e interminable» (1937), en *Obras Completas*, Volumen 23, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1980, p. 222.

<sup>7</sup> [heurístico]

analista ideal como aquél que, a la vez, en el límite, ya no conservaría nada de inconsciente, pero que, al mismo tiempo, conservaría todavía una buena parte. Eso sería introducir ahí una oposición infundada.

Al llevar las cosas al extremo, se puede concebir un inconsciente-reserva. Hay que admitir que no hay en nadie ninguna elucidación exhaustiva del inconsciente, por lejos que se haya llevado un análisis. Admitida esta reserva de inconsciente, se puede concebir muy bien que el sujeto \*que nosotros sabemos\* advertido, precisamente por la experiencia del análisis didáctico, sepa, de alguna manera, ponerla en juego como un instrumento, como la caja del violín cuyas cuerdas, por otra parte, él posee. De todos modos, no es de un inconsciente bruto, que se trata en él, sino de un inconsciente flexibilizado, de un inconsciente más la experiencia de ese inconsciente.

Hechas estas reservas, sin embargo continuamos sintiendo la legítima necesidad de elucidar el punto de pasaje donde es adquirida esta calificación, y donde puede ser alcanzado lo que es afirmado por la doctrina como siendo, en su fondo, lo inaccesible a la conciencia. Es en efecto como tal que debemos siempre postular el fundamento del inconsciente. No es que sea accesible a los hombres de buena voluntad — no lo es. Es en condiciones estrictamente limitadas que se puede alcanzarlo, por medio de un rodeo, el rodeo del Otro, lo que vuelve necesario el análisis, y reduce de manera infrangible las posibilidades del autoanálisis. ¿Cómo situar el punto de pasaje donde lo que está así definido puede sin embargo ser utilizado como fuente de información \*, incluido\*<sup>8</sup> en una praxis directiva?

Formular su pregunta no es producir una vana antinomia. Lo que nos dice que es así que se formula el problema de una manera válida, quiero decir que es solucionable, es que las cosas se presentan precisamente de esta manera.

Al menos para ustedes, que tienen las claves, algo les vuelve inmediatamente reconocible su acceso, esto es que hay una prioridad lógica a lo que ustedes escuchan — a saber, que es ante todo como inconsciente del Otro que se hace toda experiencia del inconsciente. Es

---

<sup>8</sup> [incluida] — Nota de **DTSE**: “Es «lo que está así definido» (el Otro) lo que puede ser utilizado... e «incluido»”.

ante todo en sus enfermos que Freud encontró el inconsciente. Y para cada uno de nosotros, incluso si esto está elidido, es ante todo como inconsciente del Otro que se abre siempre la idea de que una cosa parecida pueda existir. Todo descubrimiento de su propio inconsciente se presenta como un estadio de la traducción en curso de un inconsciente que es ante todo inconsciente del Otro. De manera que no hay tanto para asombrarse de que se pueda admitir que, incluso para el analista que ha llevado muy lejos ese estadio de la traducción, ésta pueda siempre ser retomada en el nivel del Otro — lo que, evidentemente, quita mucho de su alcance a la antinomia que recién evocaba que podía producirse, aun indicando en seguida que ésta no podría serlo sino de manera abusiva.

Lo que les digo de la relación con el Otro está bien hecho para exorcizar en parte ese temor que podemos sentir de no saber suficientemente sobre nosotros mismos. Volveremos a ello, pues no pretendo incitarlos a que se tengan a salvo de todo cuidado a este respecto — eso está muy lejos de mi pensamiento. Pero, una vez admitida la función del Otro, queda que volvemos a encontrar ahí el mismo obstáculo que encontramos con nosotros mismos en nuestro análisis, cuando se trata del inconsciente. A saber, lo que es el elemento muy esencial, para no decir históricamente original, de mi enseñanza — el poder positivo de desconocimiento que hay en los prestigios del yo en el sentido más amplio, en la captura imaginaria.

Importa señalar aquí que este dominio, que está muy mezclado con el descifrado del inconsciente en nuestra experiencia de análisis personal, tiene una posición que hay que decir diferente cuando se trata de nuestra relación con el Otro. Aquí aparece lo que llamaré el ideal estoico que nos hacemos \*de la apatía del analista\*<sup>9</sup>.

Primero se han identificado los sentimientos, digamos en general, negativos o positivos, que el analista puede tener respecto de su paciente, con los efectos en él de una no completa reducción de la temática de su propio inconsciente. Pero si eso es cierto para él mismo en su relación de amor propio, en su relación con el pequeño otro en el interior de sí, eso por lo cual se ve otro que el que es — lo que ha sido

---

<sup>9</sup> [del análisis] — Nota de **DTSE**: “El ideal estoico no se aplica al análisis en general sino al analista”.

entrevisto, descubierto, mucho antes del análisis — esta consideración no agota de ningún modo la cuestión de lo que sucede legítimamente cuando tiene que vérselas con ese pequeño otro, con el otro de lo imaginario, en el exterior.

Pongamos los puntos sobre las íes. La vía de la apatía estoica requiere que el sujeto permanezca insensible tanto a las seducciones como a las sevicias eventuales de ese pequeño otro en el exterior, en tanto que ese pequeño otro en el exterior siempre tiene sobre él algún poder, pequeño o grande, aunque más no fuere el poder de estorbarle por su presencia. Si el analista se aparta de esta vía, ¿eso quiere decir que eso sea por sí solo imputable a alguna insuficiencia de la preparación del analista en tanto que tal? Absolutamente no, en principio.

Acepten este estadio de mi camino. No quiere decir que yo concluya en eso. Les propongo simplemente esta observación — no hay lugar para plantear que el reconocimiento del inconsciente ponga por sí mismo al analista fuera del alcance de las pasiones. Eso sería implicar que es siempre, y por esencia, del inconsciente que proviene el efecto total, global, toda la eficiencia de un objeto sexual, o de algún otro objeto capaz de producir una aversión cualquiera, física.

¿En qué sería necesario?, pregunto — salvo para aquéllos que producen la grosera confusión de identificar el inconsciente como tal con la suma de las potencias de las *Lebenstriebe*. Esto es lo que diferencia radicalmente el alcance de la doctrina que trato de articular ante ustedes. Desde luego, hay entre ambas una relación. Se trata incluso de elucidar por qué puede establecerse esta relación, por qué son las tendencias del instinto de vida las que así se ofrecen a esa relación con el inconsciente. Observen bien que, entre ellas, no son cualquiera, sino especialmente aquellas que Freud siempre, y tenazmente, ha delimitado como las tendencias sexuales. Hay una razón si éstas son especialmente privilegiadas, cautivadas, captadas por el resorte de la cadena significante, en tanto que es ésta la que constituye al sujeto del inconsciente.

Dicho esto, vale la pena que nos formulemos, en este estadio de nuestra interrogación, la pregunta — \*¿por qué un analista, bajo pretexto de que está bien analizado, sería insensible al hecho de que tal o cual provoque en él las reacciones de un pensamiento hostil, que vea

en esta presencia — y que seguramente es preciso soportar para que algo de este orden se produzca, no estar ahí en tanto que presencia de un enfermo, sino como presencia de un ser que guarda su lugar?<sup>\*10</sup>. Y cuanto más imponente, pleno, normal lo supongamos, más legítimamente podrán producirse en su presencia todos los tipos posibles de reacción. E igualmente, en el plano intra-sexual por ejemplo, ¿por qué estaría excluido en sí el movimiento del amor o del odio? ¿Por qué descalificaría al analista en su función?

Para esta manera de formular la pregunta, no hay otra respuesta que ésta — en efecto, ¿por qué no? Incluso diré más — cuanto mejor analizado esté el analista, más posible será que esté francamente enamorado, o francamente en estado de aversión, de repulsión, según los modos más elementales de la relación de los cuerpos entre sí, por relación a su *partenaire*.

Lo que digo con esto llega un poco lejos, en el sentido de que eso nos molesta. Y si consideramos que de todos modos debe haber algo fundado en la exigencia de la apatía analítica, será preciso que ella arraigue en otra parte. Pero entonces, hay que decirlo.

Y nosotros estamos en condiciones de decirlo.

## 2

Si pudiera decírselos inmediatamente, si el camino ya recorrido me permitiera hacérselos entender, desde luego que se los diría. Pero todavía tengo camino por hacerles recorrer, antes de poder ofrecerles su fórmula, y su fórmula estricta, precisa.

---

<sup>10</sup> [¿por qué un analista, bajo pretexto de que está bien analizado, sería insensible a tal erección de un pensamiento hostil que puede percibir en una presencia que está ahí? — y que seguramente hay que suponer, para que algo de este orden se produzca, no estar ahí en tanto que presencia de un enfermo, sino como presencia de un ser que guarda su lugar.]



No obstante, algo puede ser dicho desde ya al respecto, que podría satisfacer hasta un cierto punto. Lo único que les pido, es justamente que no se sientan demasiado satisfechos con esto.

Es lo siguiente — si el analista realiza, como la imagen popular, o también la imagen deontológica \*\*que nos hacemos de él\*\*, la apatía, esto es en la medida en que está poseído por un deseo más fuerte que los deseos que podrían ponerse en juego, a saber, llegar a los hechos con su paciente, tomarlo entre sus brazos, o arrojarlo por la ventana.

Eso sucede. Incluso no auguraría nada bueno, me atrevo a decirlo, de alguien que jamás habría sentido eso. Pero, en fin, en ese extremo cercano de la posibilidad de la cosa, no debe ocurrir de manera habitual.

¿Por qué no debe ocurrir? ¿Es por la razón, negativa, de que hay que evitar una especie de descarga imaginaria total del análisis? — cuya hipótesis no tenemos que proseguir más lejos, aunque sería interesante. No, es en razón de esto, que es aquello cuya cuestión formulo aquí este año, que el analista dice — Estoy poseído por un deseo más fuerte. Está fundado para decirlo en tanto que analista, en tanto que se ha producido para él una mutación en la economía de su deseo. Y es aquí que pueden ser evocados los textos de Platón.

Cada tanto me sucede algo que me da ánimos. Este año les he hecho ese largo discurso, ese comentario sobre *El Banquete*, del que, debo decirlo, no estoy descontento, y resulta que alguien de mi entorno me ha dado la sorpresa — entiendan esta sorpresa en el sentido que tiene este término en el análisis, como algo que tiene más o menos relación con el inconsciente — de indicarme en una nota a pie de página la cita por parte de Freud de una parte del discurso de Alcibíades a Sócrates.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Sigmund FREUD, «A propósito de un caso de neurosis obsesiva» (1909), en *Obras Completas*, Volumen 10, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1980. Cf. la nota 19 de la página 187: “«Sí, a menudo tengo el deseo de no verlo entre los vivos. Y, sin embargo, si ese deseo se realizara alguna vez, yo sé que me volvería mucho más desdichado aún: tan inerte, tan totalmente inerte estoy frente a él», dice Alcibíades sobre Sócrates en *El Banquete*.” — La frase citada por Freud fue extraída de *El Banquete*, 216c. — Cf., igualmente: «Análisis de un caso de neurosis obse-

Freud habría podido buscar mil otros ejemplos para ilustrar lo que lo ocupa en ese momento, a saber, el deseo de muerte mezclado en el amor. Para los ejemplos, no hay más que agacharse y recogerlos en pala. Alguien, como un grito del corazón, lanzó un día hacia mí esta jaculatoria — ¡Oh! ¡cómo quisiera que usted esté muerto por dos años! No hay necesidad de buscar en *El Banquete* un testimonio semejante. Entonces, considero que no es indiferente que en \*el nivel del «Hombre de las ratas», es decir de\*<sup>12</sup> un momento esencial en su descubrimiento de la ambivalencia amorosa, sea a *El Banquete* de Platón que Freud se haya referido. No es un mal signo. No es ciertamente el signo de que hayamos estado equivocados al buscar allí nosotros mismos nuestras referencias.

Y bien, en Platón, en el *Filebo*, Sócrates emite en alguna parte ese pensamiento de que el deseo más fuerte de todos los deseos debe ser precisamente el deseo de la muerte, puesto que las almas que están en el Erebo allí se quedan.<sup>13</sup> El argumento vale lo que vale, pero toma aquí valor ilustrativo de la dirección en que ya les he indicado que podía concebirse la reorganización, la reestructuración, del deseo en el analista. Es al menos uno de los puntos de amarra, de fijación, de ligadura, de la cuestión. Seguramente, no nos contentamos con eso.

Sin embargo, podemos decir mucho más en la misma vena, a propósito del desprendimiento del analista por relación al automatismo de repetición, que constituiría un buen análisis personal. Hay ahí algo que debe rebasar lo que llamaré la particularidad de su rodeo, ir un poco más allá, morder sobre el rodeo específico, sobre lo que Freud articula cuando plantea que es concebible que la repetición básica del desarrollo de la vida no sea más que la derivación de una pulsión compacta, abisal, que él llama, a ese nivel, pulsión de muerte, y donde no

---

siva (“Caso El Hombre de las Ratas”)), en *Obras Completas*, Tomo IV, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, p. 1.482, nota 871.

<sup>12</sup> Nota de **DTSE**: “Omisión de una importante referencia”. — **JAM/2** subsana la omisión: [no es indiferente que en *El hombre de las ratas*, en un momento]

<sup>13</sup> Nota de **ST**: “No hemos encontrado esta referencia en el *Filebo*. La única ocurrencia del término Erebo {*Erèbe*} en Platón que hayamos encontrado, aparece en *Axíocos* (371e), pero, parece, en un contexto diferente. Es divertido observar que varios oyentes escucharon aquí: *les rêves* {los sueños}”.

queda más que esa ἀνάγκη {*ananké*}, \*esa necesidad del retorno al cero, a lo inanimado\*<sup>14</sup>.

Metáfora, sin duda. Y metáfora que no se expresa sino por una extrapolación, ante la cual algunos retroceden, de lo que es aportado por nuestra experiencia, a saber, de la acción de la cadena significativa, inconsciente, en tanto que ella impone su marca a todas las manifestaciones de la vida en el sujeto que habla. Pero, en fin, metáfora o extrapolación que de todos modos no está hecha inútilmente. Ella nos permite, al menos, concebir que algo de esto sea posible, y que efectivamente pueda haber alguna relación del analista con Hades, la muerte, como lo ha escrito en el primer número de nuestra revista una de mis alumnas, con la más bella altura de tono.<sup>15</sup>

¿Juega él o no con la muerte? Por otra parte, yo mismo he escrito que, en esa partida que es el análisis, y que seguramente no es estructurable únicamente en términos de partida entre dos, el analista juega con un muerto.<sup>16</sup> Volvemos a encontrar ahí ese rasgo de la exi-

---

<sup>14</sup> [la necesidad del retorno al cero de lo inanimado]

<sup>15</sup> Clémence RAMNOUX, «Hadès et le psychanalyste (Pour une anamnèse de l'homme d'Occident)», en *La Psychanalyse*, 1, PUF, Paris, 1956, p. 179.

<sup>16</sup> “No se podría razonar a partir de lo que el analizado hace soportar de sus fantasías a la persona del analista, como a partir de lo que un jugador ideal suputa de las intenciones de su adversario. Sin duda hay también estrategia, pero que nadie se engañe con la metáfora del espejo en virtud de que conviene a la superficie lisa que presenta al paciente el analista. Rostro cerrado y labios cosidos, no tienen aquí la misma finalidad que en el bridge. Más bien con esto el analista se adjudica la ayuda de lo que en ese juego se llama el muerto, pero es para hacer surgir al cuarto que va a ser aquí la pareja del analizado, y cuyo juego el analista va a esforzarse, por medio de sus bazas, en hacerle adivinar la mano: tal es el vínculo, digamos de abnegación, que impone al analista lo que está en juego en la partida en el análisis.

“Se podría proseguir la metáfora deduciendo de esto su juego según que se coloque «a la derecha» o «a la izquierda» del paciente, es decir en postura de jugar antes o después del cuarto, es decir de jugar antes o después de éste con el muerto.

“Pero lo que es seguro es que los sentimientos del analista sólo tienen un lugar posible en este juego, el del muerto; y que si se le reanima, el juego se prosigue sin que se sepa quién lo conduce.

gencia común, que debe haber en ese pequeño otro que está en él algo que sea capaz de jugar el muerto.

\*

[ III ]

A — i (a<sub>2</sub>)

[ II ]

i (a)

S — A

[ I ]

§

[ IV ]

\*<sup>17</sup>

En la posición de la partida de bridge, el \*\*sujeto, en [I]\*\* S, que él es, tiene frente a él su propio pequeño otro \*\*i(a), en [II]\*\*,

---

“Por eso el analista es menos libre en su estrategia que en su táctica.” — *cf.* Jacques LACAN, «La dirección de la cura y los principios de su poder», Primer informe del Coloquio Internacional de Royaumont reunido del 10 al 13 de julio de 1958, a invitación de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, publicado primero en *La Psychanalyse*, vol. 6, 1961, y finalmente (con modificaciones del texto que pueden ubicarse en el libro de Ángel de FRUTOS SALVADOR, *Los Escritos de Jacques Lacan. Variantes textuales*, Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, 1994), en los *Écrits*, Seuil, Paris, 1966. El párrafo citado proviene de la versión castellana del artículo (con una pequeña variación de traducción introducida por mí) en *Escritos 2*, décimo tercera edición en español, corregida y aumentada, Siglo Veintiuno Editores, México, 1984, p. 569.

<sup>17</sup> Nota de **DTSE**: “Lacan construye un esquema en el pizarrón que, en Seuil, no es reproducido ni incluso señalado, donde sitúa A, S, i(a), etc.”. — Nota de **ST**: “Proponemos aquí una reconstrucción del esquema tal como suponemos (con la ayuda de notas) que Lacan lo ha construido en el pizarrón. Indicamos en cifras romanas los lugares que él designa”. — Por mi parte, tras haber consultado el esquema ofrecido por **DTSE**, he reproducido el esquema proporcionado primero por **ST** y luego por **ELP**.

aquello en lo cual está con él mismo en esa relación especular en tanto que está constituido como yo  $\{moi\}$ . Si situamos aquí **\*\*en [III]\*\*** el lugar designado de ese **\*\*Otro\*\***<sup>18</sup> que habla **\*\*A\*\*** y que va a escuchar, el paciente, en tanto que está representado por el sujeto barrado **\*\*S**, en **[IV]\*\***, el sujeto en tanto que desconocido por él mismo, éste va a encontrarse que tiene aquí **\*\*en [III]\*\***, en  $i(a)$ , el lugar de la imagen de su propio  $a$  minúscula, el de él — llamemos al conjunto «la imagen del  $a$  minúscula dos»,  $i(a_2)$ <sup>19</sup> — y tendrá aquí **\*\*en [I]\*\*** la imagen o más bien la posición del gran Otro **\*\*[S — A]\*\*** en tanto que es el analista quien la ocupa.<sup>20</sup>

Es decir, que el analizado tiene un *partenaire*.<sup>21</sup> Y ustedes no tienen por qué asombrarse si encuentran juntos, en el mismo lugar, su propio yo  $\{moi\}$ , el de él, el analizado **\*\*y ese Otro\*\***. [Y él debe encontrar la verdad de ese otro, que es el gran Otro del analista.]<sup>22, 23</sup>

---

<sup>18</sup> [otro]

<sup>19</sup> [llamemos al conjunto, imagen de  $a$  minúscula al cuadrado,  $i(a)^2$ ] — Nota de **DTSE**: “Se trata de situar los lugares del pequeño otro del analizante y del analista. No están elevados a ninguna potencia: son simplemente dos”.

<sup>20</sup> He adaptado ligeramente las interpoladas aclaraciones provenientes de **ST** y **ELP**, de manera de volver legible un párrafo de otro modo oscuro, pero poco menos que incomprensible sin esas aclaraciones en las versiones **JAM/1** y **JAM/2**.

<sup>21</sup> Lapsus de traducción en **JAM/P**: [analista] en lugar de [analizado].

<sup>22</sup> **\*\*debe encontrar su verdad que es el gran Otro del analista\*\*** — Dejo en esta oportunidad en el cuerpo del texto la versión **JAM**, dado que **DTSE** no recoge la variante proveniente de **ST**, encerrada en esta nota entre asteriscos dobles, pero entiendo que no es descartable.

<sup>23</sup> Nota de **ELP**: “Proponemos aquí una reconstrucción del esquema tal como suponemos (con la ayuda de notas) que Lacan lo ha construido en el pizarrón. Indicamos con cifras entre paréntesis los lugares que designa. P. Julien propone esta transcripción: «En la posición de la partida de bridge, el S que está ahí (I) tiene en frente de él su propio pequeño otro (II), aquello en lo cual está con él mismo en esa relación especular en tanto que está, él, constituido como Yo. Si ponemos aquí (III) el lugar designado de este Otro que habla, el que va a escuchar, el paciente, vemos que ese paciente en tanto que está representado por el sujeto barrado (I), por el sujeto en tanto que no conocido  $\{inconnu\}$  por él mismo, va a encontrar aquí (IV) el lugar imagen de su propio  $a$  minúscula — llamemos al conjunto la imagen del  $a$  minúscula dos; él va a tener aquí (IV) *la imagen* del gran Otro, el lu-

La paradoja de la partida de bridge analítica, es esa abnegación que hace que, contrariamente a lo que sucede en una partida de bridge normal, el analista debe ayudar al sujeto a encontrar lo que hay en el juego de su *partenaire*. Y para llevar ese juego de quien pierde gana en el bridge, el analista, en principio, no debe tener que complicarse la vida con un *partenaire*. Es por esta razón que está dicho que el  $i(a)$  del analista debe comportarse como un muerto. Esto quiere decir que el analista debe siempre saber lo que hay en el reparto de las cartas.

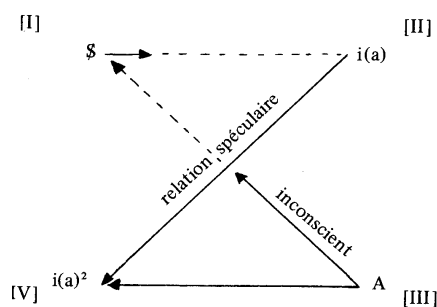
Pienso que ustedes apreciarán la relativa simplicidad de esta solución del problema. Esta es una explicación común, exotérica, para el exterior, es simplemente una manera de hablar de lo que todo el mundo cree, y alguien que cayera aquí por primera vez encontraría en ella todo tipo de razones de satisfacción, y podría volver a dormirse cerrando sus oídos, asegurado respecto de lo que siempre ha escuchado decir, y por ejemplo, que el analista es un ser superior.

Desgraciadamente, esto no pega.

Esto no pega, y el testimonio de eso nos lo dan los propios analistas. No solamente bajo la forma de una deploración, lacrimosa, del estilo — jamás somos iguales a nuestra función. Gracias a Dios, este tipo de declamación, aunque existe, nos es ahorrada desde hace algún tiempo, esto es un hecho. Un hecho del que yo no soy, aquí, el responsable, y que no tengo más que registrar.

---

gar, la posición del gran Otro en tanto que es el analista quien la ocupa. Es decir que el paciente, el analizado, tiene un compañero. Y ustedes no tienen que asombrarse por encontrar juntos en el mismo lugar (IV) su propio yo, el de él, el analizado, y ese *otro*; <pero> debe encontrar su verdad que es el gran Otro del analista»'. — He aquí el esquema propuesto por P. Julien:



Desde hace cierto tiempo, efectivamente, se admite en la práctica analítica que el analista debe tener en cuenta, en su información y su maniobra, los sentimientos, no que él inspira, sino que él experimenta en el análisis, a saber, lo que se llama su contratransferencia.

### 3

Es a los mejores círculos analíticos que aludo, y precisamente al círculo kleiniano.

Encontrarán fácilmente lo que ha escrito Melanie Klein al respecto, o incluso Paula Heimann en un artículo titulado *On Counter-Transference*.<sup>24, 25</sup>

[Pero no es en tal artículo preciso que deben ustedes buscar esta concepción, que todo el mundo considera actualmente como adquirida. Se la articula más o menos francamente, y sobre todo se comprende más o menos bien lo que se articula, pero está aceptada. ¿De qué se trata?]<sup>26</sup>

---

<sup>24</sup> En cuanto al artículo de Melanie KLEIN, muy probablemente se trate de «The Origins of Transference», *International Journal of Psychoanalysis*, vol. XXXIII, 1952, del que hay versiones castellanas: «Los orígenes de la transferencia», *Obras Completas*, Paidós, Buenos Aires, 1991; *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Vol. 4, 1961-62; y ficha. Lacan ya se había referido a este artículo en la clase 10 de este Seminario.

<sup>25</sup> Paula HEIMANN, «On counter-transference», texto leído en el XVIº Congreso Internacional de Psicoanálisis en Zurich, en 1949, apareció en *The International Journal of Psychoanalysis*, vol. XXXI, 1950. Hay versiones castellanas: «Contra-transferencia» en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Vol. 4, 1961-62; y ficha. Es interesante recordar que en ese mismo Congreso Lacan comunicó su «El estadio del espejo como formador de la función del yo {je} tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica».

<sup>26</sup> Aquí sitúa **DTSE** una “elisión” que no es tal. El párrafo supuestamente elidido, corrido de lugar, es el párrafo final del apartado **2** de esta clase. Curiosamente, en este párrafo **JAM/P** elide la frase del medio.

La contratransferencia, en nuestros días, ya no está considerada como siendo en su esencia una imperfección. Lo que no quiere decir, por otra parte, que no pueda serlo. Si ya no está considerada como una imperfección, esto no impide que algo la haga merecedora del nombre de contratransferencia, van a verlo.

Aparentemente, la contratransferencia es exactamente de la misma naturaleza que esa otra fase de la transferencia sobre la cual la última vez entendí centrar la cuestión, oponiéndola a la transferencia concebida como automatismo de repetición, a saber, la transferencia en tanto que se la llama positiva o negativa, y que todo el mundo entiende como los sentimientos experimentados por el analizado respecto del analista. Y bien, la contratransferencia de la que se trata — y de la que está admitido que debemos tomarla en cuenta, si queda discutido lo que debemos hacer con ella, y van a ver ustedes a qué nivel — está constituida por los sentimientos experimentados por el analista en el análisis, y que están determinados a cada instante por sus relaciones con el analizado.

Entre todos los artículos que he leído, elijo uno de ellos casi al azar, pero nunca es completamente al azar que uno elige algo, y hay probablemente una razón para que yo tenga ganas de comunicarles el título de éste. Es un buen artículo, que justamente tiene por título el tema que, en suma, estamos tratando hoy, *Normal counter-transference and some deviations*, aparecido en el *International Journal* en 1956. El autor, Roger Money-Kyrle, pertenece manifiestamente al círculo kleiniano, y está ligado a Melanie Klein por intermedio de Paula Heilmann.<sup>27</sup>

Antes de llegar a él, diré una palabra del artículo de Paula Heilmann, quien nos comunica ciertos estados de insatisfacción o de preocupación que ella experimenta. Bajo su pluma, se trata incluso de un estado de presentimiento. Ella se encontró, pues, en una situación para la que no es preciso ser un viejo analista para tener su experiencia, pues es bastante frecuente estar confrontado a ella en los primeros

---

<sup>27</sup> Roger MONEY-KYRLE, «Normal Counter-Transfert and some Deviations», *IJP*, Vol. 37, 1956. Versión castellana: «Contratransferencia normal y algunas de sus desviaciones», en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Vol. 4, 1961-62. — El *Bulletin* N° 5 de *stécriture* proporciona la versión francesa de este artículo.



tiempos de un análisis. Que un paciente se precipite, de una manera manifiestamente determinada por el análisis incluso si no se da cuenta de ello, en algunas decisiones prematuras, en una relación de largo alcance, incluso un matrimonio — ella sabe que es cosa a analizar, a interpretar, y en cierta medida, a contrariar. Pero en ese caso particular, ella nos da parte de un sentimiento completamente molesto que experimenta al respecto, y que, por sí solo, le es el signo de que ella tiene razón en inquietarse por ésto más especialmente. Ella muestra en su artículo en qué es ese sentimiento el que le permite comprender mejor y llegar más lejos.

Muchos otros sentimientos pueden aparecer. El artículo de Money-Kyrle, por ejemplo, pone de manifiesto sentimientos de depresión, de caída general del interés por las cosas, de desafección, incluso de desafección, que el analista puede experimentar por relación a todo lo que toca. El analista nos describe por ejemplo lo que resulta de tal sesión en que le parece que no ha sabido responder suficientemente a lo que él llama *a demanding Super-ego*. No es porque ustedes escuchen en eso el eco de la demanda que ustedes deben atenerse a eso para comprender su acento inglés. *Demanding*, es más, es una exigencia apremiante. Si el artículo es lindo de leer, es porque el autor no se contenta con describir, sino que, más allá, cuestiona a propósito de esto el papel del *Super-ego* analítico. Lo hace de una manera que a ustedes les parecerá que presenta algún *gap*, y que verdaderamente no encontrará su alcance salvo que ustedes se refieran al grafo. Es más allá del lugar del Otro que la línea de abajo les representa el superyó — línea en puntillado en tanto que ustedes introduzcan allí algunos puntillados.<sup>28</sup>

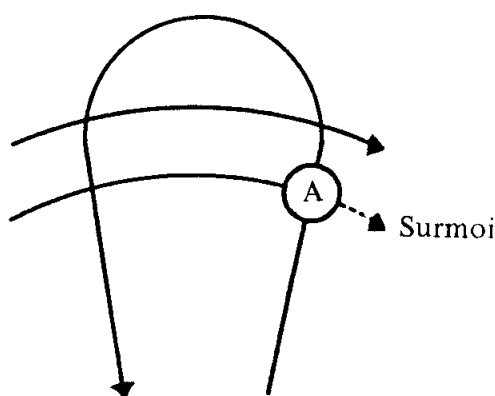
Les pongo en el pizarrón el resto del grafo, para que ustedes se den cuenta a propósito de esto en qué puede servirles, y en particular para comprender que no siempre hay que poner todo a cuenta de este elemento, al fin de cuentas opaco, que es la severidad del *Super-ego*. Tal demanda puede producir esos efectos depresivos, incluso todavía más. Eso se produce precisamente en el analista, en tanto que hay continuidad entre la demanda del Otro y la estructura llamada del *Super-ego*. \*Entiendan que encontramos los efectos más fuertes que llama-

---

<sup>28</sup> Puntillados como los que encontramos en las presentaciones del grafo del Seminario 6, *El deseo y su interpretación*. Cf. el grafo de la página siguiente.

mos efectos de hiperseveridad del *Super-ego*\*<sup>29</sup> cuando la demanda del sujeto viene a introyectarse, a pasar como demanda articulada en aquel que es su recipiendario, de una manera tal que ella representa su propia demanda bajo una forma invertida — por ejemplo, cuando una demanda de amor proveniente de la madre viene a encontrar en aquel que tiene que responder a ella su propia demanda de amor yendo a la madre.

\*



\*<sup>30</sup>

Pero aquí no hago otra cosa que indicárselos, pues no es por ahí que pasa nuestro camino. Es una observación lateral.

Volvamos a Money-Kyrle, analista, que parece particularmente ágil y dotado para reconocer su propia experiencia. El pone de manifiesto algo que ha funcionado en su práctica y nos lo da como ejemplo. Eso le parece que merece comunicarse, no a título de error, de efecto accidental, más o menos bien corregido, sino en tanto que procedimiento integrable en la doctrina de las operaciones analíticas. Pone de manifiesto, entonces, un sentimiento que ha localizado en él

---

<sup>29</sup> [Entiendan que encontramos en efecto los efectos más fuertes de lo que llamamos la severidad del *Super-ego*] — **JAM/2** corrige parcialmente: [Entiendan que encontramos en efecto los efectos más fuertes de lo que llamamos la hiperseveridad del *Super-ego*]

<sup>30</sup> Nota de **DTSE**: “El grafo es mencionado, pero sin embargo no es reproducido. Hélo aquí”. — El grafo que reproduzco aquí proviene de **ELP**, no tiene diferencias con el ofrecido por **DTSE** y **ST**.

mismo como estando en relación con las dificultades que presenta el análisis de uno de sus pacientes.

Eso sucede durante esa pintoresca escansión de la vida inglesa que es el *week-end*, y lo que él ha podido hacer con su paciente en la semana le parece problemático y lo deja insatisfecho. Y he aquí que él mismo, sin encontrar primero de ningún modo la relación, sufre, llamemos las cosas por su nombre, una especie de brusco sentimiento de estar agotado. Durante la segunda mitad de su *week-end*, se encuentra en un estado que no reconoce sino al formularse él mismo en los mismos términos que su paciente, un estado de hastío que confinaba con la despersonalización.

El paciente, en efecto, a veces estaba sujeto a unas fases en el límite de la depresión, y de pequeños efectos paranoides — y ni para el paciente, ni para el analista, era demasiado nuevo darse cuenta de eso. Es de uno de esos estados que había partido toda la dialéctica de la semana, acompañado de un sueño por el que el analista se había iluminado para responderle, y había tenido, con razón o sin ella, el sentimiento de no haber dado la respuesta que era la buena, pero, en todo caso, sentimiento fundado sobre lo siguiente, que su respuesta había hecho refunfuñar desagradablemente al paciente, y que, a partir de ahí, éste se había vuelto excesivamente malévolo con él. He aquí que, entonces, el propio analista se encuentra reconociendo, en lo que experimenta, exactamente aquello que, en el punto de partida, el paciente le había descrito de su estado.<sup>31</sup>

El analista en cuestión, y aquí otra vez con todo su círculo, que en este caso yo llamo círculo kleiniano, concibe de entrada lo que está en juego como representando el efecto de la proyección del objeto malo \*\*en el analista\*\*, en tanto que el sujeto, en análisis o no, es sus-

---

<sup>31</sup> Aquí **DTSE** presume aportar la siguiente frase “omitida” en la versión de Seuil: “No era muy nuevo para el paciente, ni nuevo para el analista, percatarse de que el paciente podía estar sujeto a esas fases en el límite de la depresión y de pequeños efectos paranoides”, añadiendo la siguiente nota: “Omisión de toda esta frase en la versión de Seuil”. — Como el lector puede comprobar simplemente volviendo al comienzo de este párrafo, éste no era el caso. Como ya lo hice en otra oportunidad, preferí no omitir esta marca, suficientemente indicativa de que hacer profesión de celote, si acompañada de pasión o al menos de malevolencia, puede merecer un trabajo no obstante notable.

ceptible de proyectarlo en el otro. No parece constituir un problema, en cierto campo del análisis, el dar este tipo de explicación, a pesar del grado de creencia casi mágica que eso puede suponer. De todos modos, no deben faltar razones para que uno deslice a ello tan fácilmente. Ese objeto malo proyectado hay que comprenderlo como teniendo muy naturalmente su eficacia, al menos cuando se trata del que está acoplado al sujeto en una relación tan estrecha y coherente como la que crea un análisis comenzado ya desde hace un buen tiempo.

¿En qué medida *como teniendo toda su eficacia*? El artículo también se los dice — en la medida en que este efecto procede aquí de una no comprensión del paciente por parte del analista. Hay entonces desviación de la *Normal Counter-transference*, y lo que está en juego en este artículo es la posible utilización de tales desviaciones.

Como el comienzo del artículo nos lo articula, la *Normal Counter-transference* se produce por el ritmo de vaivén entre la introyección por el analista del discurso del analizado, y la proyección sobre el analizado de lo que se produce como efecto imaginario de respuesta a esta introyección. El autor admite, vean si llega lejos, la normalidad de este efecto. El efecto de contratransferencia es denominado normal en tanto que la demanda introyectada es perfectamente comprendida. El analista no tiene entonces ningún trabajo para localizarse en lo que se produce claramente en su propia introyección. No ve más que la consecuencia de ésta, e incluso no tiene que hacer uso de ella. Lo que se produce ahí, y que está realmente a nivel de *i(a)*, está completamente dominado. Y lo que se produce del lado del paciente, a saber que el paciente proyecte sobre él, el analista no tiene por qué sorprenderse por ello, y no es afectado por eso.

Es solamente si el analista no comprende, que es afectado, y que se produce una desviación de la contratransferencia normal. Y las cosas pueden llegar por eso a que el analista se vuelva efectivamente el paciente de ese objeto malo proyectado en él por su *partenaire*. Es lo que se produce en este caso — siente en él el efecto de algo completamente inesperado, y sólo una reflexión hecha aparte le permite — e incluso esto es quizá sólo porque la ocasión es favorable — reconocer en ello el mismo estado que le ha descrito su paciente.

Se los repito, no tomo a mi cargo la explicación de lo que está en cuestión. Tampoco la rechazo. La pongo provisoriamente en suspenso para ir paso a paso, y llevarlos al ángulo preciso a donde voy a conducirlos para articular algo.

Entonces, si el analista no comprende, no por eso se vuelve menos, según dice este experimentado analista, el receptáculo de la proyección que está en juego. Siente en él mismo esas proyecciones como un objeto extraño, lo que lo coloca en una singular posición de verteadero.

Si eso se produce con muchos pacientes así, ustedes ven a dónde puede llevarnos esto. Cuando uno no está en condiciones de centrar a propósito de qué se producen esos hechos, que se presentan como desconectados en la descripción de Money-Kyrle, eso puede plantear algunos problemas.

Esta dirección del análisis no data de ayer. Ya Ferenczi había adelantado la cuestión de saber hasta qué punto el analista debía dar parte a su paciente de lo que él, el analista, experimentaba en la realidad.<sup>32</sup> Según él, eso sería, en ciertos casos, un medio de dar al paciente el acceso a esa realidad. Nadie se atreve actualmente a llegar tan lejos, y particularmente no en la escuela a la que aludo. Paula Heimann dirá por ejemplo que el analista debe ser muy severo en su cuaderno de bitácora, su higiene cotidiana, estar siempre en el trance de analizar lo que de este orden puede experimentar él mismo, pero, en fin, es un asunto de él mismo consigo mismo, y cuyo propósito es tratar de hacer la carrera contra reloj, es decir, volver a recuperar el retardo que así habrá podido alcanzar en la comprensión, el *Understanding*, de su paciente.

Como quiera que sea, yo doy el paso siguiente con nuestro autor, Money-Kyrle, quien, sin ser Ferenczi, no es tan reservado como Paula Heimann. El llega hasta comunicar a su paciente ese punto local, la identidad del estado sentido por él con el que su paciente le ha llevado al comienzo de la semana. Y nota el efecto de esto — el efecto inmediato, pues nada nos dice del efecto lejano — que es un júbilo

---

<sup>32</sup> Nota de ST: “Esta alusión a la práctica de Ferenczi es discutida por Paula Heimann en el artículo citado, donde ella argumenta su posición”.

evidente del paciente, quien de ello no deduce otra cosa que — ¡Ah, usted me lo dice! Y bien, estoy muy contento por eso, pues cuando el otro día usted me hizo la interpretación de ese estado — y en efecto, él le había hecho una, un poquitito oscura y cenagosa, lo reconoce — yo, dice el paciente, pensé que lo que usted decía con eso, hablaba de usted, y de ningún modo de mí.

Ahí estamos, entonces, en pleno malentendido, y con eso nos contentamos. En fin, el autor se contenta con eso, pues deja las cosas ahí, luego, nos dice, el análisis recomienza, y le ofrece, no tenemos sino que creerle, todas las posibilidades de interpretación ulteriores. Ese es precisamente el objeto de la comunicación que hizo en 1955, en el Congreso de Ginebra, que reproduce su artículo.

Lo que nos es presentado como desviación de la contratransferencia es aquí postulado, al mismo tiempo, como medio instrumental, que podemos codificar. En casos parecidos, uno se esforzará al menos por volver a atrapar la situación tan rápido como sea posible, mediante el reconocimiento de sus efectos sobre el analista, y por medio de comunicaciones mitigadas, que propongan en ese caso al paciente algo que seguramente tiene el carácter de cierto develamiento de la situación analítica en su conjunto. Se espera de eso un nuevo punto de partida, desenmarañando lo que aparentemente se presentó como impase en la situación analítica.

No estoy ratificando lo apropiado de esta manera de proceder. Señalo simplemente que si algo de este orden puede producirse de esta manera, ciertamente no está ligado a un punto privilegiado. Lo que puedo decir, es que, en toda la medida en que habría una legitimidad en esta manera de proceder, son en todos los casos nuestras categorías las que nos permiten comprenderlo.

Me pareció que no es posible comprenderlo fuera del registro de lo que he puntualizado como el lugar de *a*, el objeto parcial, el *ágalma*, en la relación de deseo, en tanto que ella misma está determinada en el interior de una relación más vasta, la de la exigencia de amor. Sólo dentro de esta topología podemos comprender tal manera de proceder. Esta topología nos permite en efecto decir que, incluso si el sujeto no lo sabe, por la sola suposición, diré, objetiva de la situación analítica, es ya en el otro que *a* minúscula, el *ágalma*, funciona. Se si-

que de ello que lo que se nos presenta en este caso como contratransferencia, normal o no, verdaderamente no tiene ninguna razón para ser especialmente calificado así. Ahí no se trata más que de un efecto irreductible de la situación de transferencia, simplemente por sí misma.

\*Por el hecho de que hay transferencia, eso basta para que estemos implicados en esa posición de ser aquel que contiene el *ágalma*,\*<sup>33</sup> el objeto fundamental que está en juego en el análisis del sujeto, como ligado, condicionado por esa relación de vacilación del sujeto que caracterizamos como constituyendo el fantasma fundamental, como instaurando el lugar donde el sujeto puede fijarse como deseo.

Este es un efecto legítimo de la transferencia. No hay necesidad de hacer intervenir por eso a la contratransferencia, como si se tratara de algo que sería la parte propia, y mucho más todavía, la parte defectuosa del analista. Pero, para reconocerlo, es preciso que el analista sepa algunas cosas. Es preciso que sepa en particular que el criterio de su posición correcta no es que él comprenda o que no comprenda.

No es absolutamente esencial que comprenda. Diré incluso que, hasta cierto punto, que no comprenda, puede ser preferible a una confianza demasiado grande en su comprensión. En otros términos, siempre debe poner en duda lo que comprende, y decirse que lo que busca alcanzar es justamente lo que, en principio, él no comprende. Es solamente en tanto, por cierto, que sabe lo que es el deseo, pero que no sabe lo que ese sujeto, con el cual está embarcado en la aventura analítica, desea — que está en posición de tener por ello en él, de ese deseo, el objeto. Esto alcanza para poder explicar tal de esos efectos, tan singularmente espantosos todavía, parece.

He leído un artículo que les designaré más precisamente la próxima vez, en el que un señor, sin embargo lleno de experiencia, se interroga sobre lo que se debe hacer cuando, desde los primeros sueños, y algunas veces desde antes de que el análisis comience, el analizado se presenta él mismo al analista como un objeto de amor caracteriza-

---

<sup>33</sup> [Por el sólo hecho de que hay transferencia, estamos implicados en la posición de ser aquel que contiene el *ágalma*,] . Nota de **DTSE**: “La transferencia no es la única condición, sino la condición suficiente para que «estemos implicados». El tiempo verbal está cambiado”.

do. La respuesta del autor en cuestión es un poco más reservada que la de otro \*\*autor\*\*, quien toma francamente el partido de decir que, cuando eso comienza así, es inútil ir más lejos, porque hay demasiadas relaciones de realidad.<sup>34</sup>

¿Es así que debemos decir las cosas? Para nosotros, si nos dejamos guiar por las categorías que hemos producido, es al principio mismo de la situación que el sujeto se introduce como digno de interés y de amor, *erómenos*. Es por él que uno está ahí. Eso, es el efecto, si podemos decir, manifiesto. Pero hay un efecto latente, que está ligado a su no saber {*non-science*}, a su inciencia {*inscience*}. ¿Inciencia de qué? — de lo que es justamente el objeto de su deseo de una manera latente, quiero decir objetiva, o estructural. Este objeto está ya en el Otro, y es en tanto que esto es así que él está, lo sepa o no, virtualmente constituido como *erastés*. Por este sólo hecho, cumple esa condición de metáfora, la sustitución del *erastés* al *erómenos* que constituye en sí mismo el fenómeno de amor. No es asombroso que veamos sus efectos ardientes desde el comienzo del análisis, en el amor de transferencia.

No hay lugar por eso para ver en ello una contraindicación. Es ahí que se plantea la cuestión del deseo del analista, y hasta un cierto punto, de su responsabilidad.

A decir verdad, para que la situación sea, como se expresan los notarios a propósito de los contratos, perfecta, basta con suponer que el analista, en su ignorancia {*insu*} misma, sitúe por un instante su propio objeto parcial, su *ágalma*, en el paciente del que se ocupa. Ahí, en efecto, se puede hablar de una contraindicación, pero como ustedes ven, nada menos localizable — al menos, tanto como la situación del deseo del analista no esté precisada.

---

<sup>34</sup> Nota de ST (resumida): “Todavía no hemos podido precisar el nombre de esos dos autores a los que Lacan se refiere sin nombrarlos”. — En cuanto al primero de los dos autores aludidos, Diana Estrin supone que la referencia es al artículo de Ernest A. RAPPAPORT, «The First Dream in an Erotized Transference», en *IJP*, Vol. 40, N° 3-4, 1956 — cf. Diana ESTRIN, *Lacan día por día*, editorial pieatierra, Buenos Aires, 2002.



Les bastará con leer al autor que les indico,<sup>35</sup> para ver que la cuestión de lo que interesa al analista, está bien forzado a formularse por la necesidad de su discurso. ¿Y qué nos dice? Que dos cosas están interesadas en el analista cuando hace un análisis, dos *drives*. Es muy extraño ver calificar de pulsiones pasivas a las dos que voy a decirles — el *drive* reparativo, que, nos dice textualmente, va contra la destructividad latente en cada uno de nosotros, y, por otra parte, el *drive* parental.

Ahí tienen entonces cómo un analista de una escuela tan elaborada como la escuela kleiniana llega a formular la posición que debe tomar un analista como tal. No voy a cubrirme el rostro, ni a poner el grito en el cielo. Pienso que aquellos que están familiarizados con mi seminario ven suficientemente el escándalo de esto. Pero, después de todo, es un escándalo en el que participamos más o menos, pues nosotros hablamos sin cesar como si fuera eso lo que está en juego, incluso si sabemos bien que no debemos ser los padres del analizado. Basta ver lo que decimos cuando hablamos del campo de las psicosis.

¿Y qué quiere decir el *drive* reparativo? Eso quiere decir un montón de cosas. Eso tiene muchísimas implicaciones en toda nuestra experiencia. Pero, en fin, ¿no valdría la pena articular a este respecto en qué eso reparativo debe distinguirse de los abusos de la ambición terapéutica, por ejemplo?

En resumen, lo que yo cuestiono, no es la absurdidad de tal temática, sino al contrario lo que la justifica. Le doy el crédito al autor, y a toda la escuela que él representa, de apuntar a algo que efectivamente tiene lugar en la topología. Pero hay que articularlo, situarlo de una buena vez, y explicarlo de otro modo. \*¿Por qué un autor experimentado puede hablar de *drive parental*, de pulsión parental y reparativa a propósito del analista,\*<sup>36</sup> y decir al mismo tiempo algo que, por una parte, debe tener su justificación, pero que, por otra parte, requiere imperiosamente una que sea verdadera?

---

<sup>35</sup> Ahora vuelve a referirse a Money-Kyrle.

<sup>36</sup> [¿Por qué un autor experimentado puede hablar de pulsiones parental y reparativa a propósito del análisis,] — Nota de **DTSE**: “La «pulsión parental» se relaciona más lógicamente con el analista que con el análisis”.

Es por esto que, la próxima vez, resumiré rápidamente lo que resulta que he presentado de una manera apologética, en el intervalo de estos dos seminarios, a un grupo de filosofía, sobre la posición del deseo.<sup>37</sup>

establecimiento del texto,  
traducción y notas:  
**RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

para circulación interna  
de la  
**ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**

---

<sup>37</sup> Nota de ST: “Esta exposición tuvo lugar el 6 de Marzo de 1961 bajo el título de «Posición del deseo». Hasta ahora no sabemos si existe de ella una huella escrita”.